

## EL REGADOR REGADO

Caminaba el alma por el sendero de la vida regando con su amor a todo aquel que le salía al paso. Iba, con su manguera, mojando a las demás almas con el agua de la existencia. El sufrimiento del regador se había convertido en un generoso don de amor que iba repartiendo a todos aquellos con los que se cruzaba. Sabía que esa generosidad suya era fruto de cargar con la cruz de su vida de forma paciente y alegre. “Nadie da lo que no tiene”, pensaba el regador en los altos del camino. Había muchas y muy diversas almas en la senda de la vida, tantas como flores a las que regar. Algunas eran plantas carnívoras. Se alimentaban de la generosidad del regador, sin dar nada a cambio e intentando devorar hasta su mismo cuerpo. Cuando aún era un joven, había sufrido mucho a causa de estas almas, ya que le habían hecho casi desaparecer con sus egoístas exigencias. Pasado el tiempo, el regador aprendió a regar a esas plantas en su justa medida. No las dejaba de atender, pero tenía el cuidado suficiente de no regarlas de forma indiscriminada, no fuese que éstas le acabasen llevando un brazo al tenderles su mano. Comprendió el regador que estas almas eran poco sensibles y estaban inmersas en un mundo donde el yo era primero que el otro y, de existir el otro, era para el puro servicio de ellas. Pero no todo eran almas insensibles en la viña del Señor. Las había ciertamente generosas y delicadas. A éstas daba gusto regarlas porque el regador no se veía sacrificado por una causa injusta. Eran almas luminosas

que vivían la vida con los ojos abiertos. Almas que no eran esclavas del mundo y, por ello, no esclavizaban a las demás. Almas libres que alimentaban su libertad en el ejercicio de una sana relación. Con éstas el regador se sentía a su vez regado. Y el regador se preguntaba si el crucificado compartiría su misma visión del mundo. Y el regador tenía presente que el Señor se había dado al mundo clavado en una cruz e insultado por las almas del pueblo. Entonces pensaba el regador que al final de su vida, en el ejercicio del amor, era inevitable sucumbir a las plantas carnívoras que devorarían su cuerpo como alimañas. Pero la cuestión era saber cuándo llegaría ese momento. Qué momento sería el del callejón sin salida. El regador pensó que el quid de la cuestión era saber su hora como Cristo fue consciente de ella. Hasta ese momento, como él, decidió nunca más dar perlas a los cerdos.